

PORTELLI ALESSANDRO

LA ORDEN YA FUE  
EJECUTADA

Roma, las Fosas Ardeatinas,

la memoria

Buenos Aires, F.C.E., 2009

ISBN 950-557-338-6

## Introducción

Padre celestial Dios de tanto amor  
concede fuerza a mi Musa oh gran soberano  
un hecho horrendo que me destroza el corazón  
y mientras escribo me tiembla la mano.  
Roma jardín de rosas y de flores  
eres comandada por un pueblo extraño  
para dominar nuestra capital  
no le espera bien a quien nos trajo el mal.  
EGIDIO CRISTINI, poeta popular, octavas, 1957<sup>1</sup>

### *No hubo ninguna investigación*

El 25 de marzo de 1944, los lectores de los diarios romanos encontraban el siguiente comunicado de la agencia oficial Steffani, emanado del comando alemán de la ciudad ocupada de Roma a las 22:55 del 24 de marzo:

En la tarde del 23 de marzo de 1944, elementos criminales han ejecutado un atentado con lanzamiento de bombas contra una columna alemana de policía en tránsito por *via Rasella*. Como consecuencia de esta emboscada, 32 hombres de la policía alemana fueron muertos y muchos, heridos.

La vil emboscada fue ejecutada por comunistas badoglianos.\* Todavía se están realizando las investigaciones con la finalidad de esclarecer hasta qué punto este hecho criminal puede atribuirse a una incitación anglo-norteamericana.

El Comando alemán ha decidido destruir la actividad de estos infames bandidos. Nadie podrá sabotear impunemente la cooperación ítalo-alemana nuevamente confirmada. El Comando alemán, por lo tanto, ha ordenado que por cada alemán muerto diez criminales comunistas badoglianos sean fusilados. Esta orden ya fue ejecutada.

*Vanda Perretta:* "Un flash. Nosotros pequeños, nosotros tres, muy pequeños, con mi madre, delante de una pared, Montesacro, acaso cerca del mercado, una pared

<sup>1</sup> Vanda Perretta (1937), profesora universitaria de lengua y literatura alemana; 4/2/1999.

\* Badoglianos: milicias fieles al general Pietro Badoglio; quien, luego de la caída del *Duce* fue nombrado primer ministro por el rey Víctor Manuel III. El 8 de septiembre de 1943 firmó la rendición a los aliados y, luego, declaró la guerra a Alemania. [N. del T.]

a la que podría reconocer si llegara a ella, y mi madre que lee en voz alta, con voz semialta, el bando que terminaba diciendo: 'la orden ya fue ejecutada'. 'La orden ya fue ejecutada' es una frase que me ha quedado impresa en la mente, siempre, en referencia a las Fosas Ardeatinas".

Al día siguiente, el *Osservatore Romano*, órgano oficial del Vaticano, reproduciendo el comunicado alemán, agregaba un comentario que comenzaba de este modo:

Ante hechos semejantes, todo ánimo honesto queda profundamente dolorido en nombre de la humanidad, de los sentimientos cristianos. Treinta y dos víctimas de un lado; trescientos veinte personas sacrificadas por los culpables escapados al arresto, por el otro...

Fuera, por encima de la lucha... invocamos de los irresponsables el respeto por la vida humana, que no tienen el derecho a sacrificar nunca; el respeto por la inocencia, que es fatalmente víctima de aquélla; y de los responsables, la conciencia de ésta su responsabilidad, hacia ellos mismos, hacia las vidas que quieren salvaguardar, hacia la historia y la civilización.

Este libro es en esencia una reflexión sobre dos fórmulas que dominan los textos de los alemanes y del Vaticano: esta "orden ya fue ejecutada", y la nítida diferenciación entre "víctimas" (los alemanes), "personas sacrificadas" (los 335 hombres muertos en represalia en las Fosas Ardeatinas) y "culpables escapados al arresto" (los partisanos).

En la primera fórmula, más allá de términos que volverán en las narraciones sucesivas (la "vil emboscada", por ejemplo), es ante todo imposible sustraerse a la fascinación de esa palabra, *orden*. En un primer nivel, designa la cadena del comando y de la disciplina, la eficiencia y la rapidez (ya ejecutada) asociadas con el *orden* de la ocupación militar, del Estado autoritario, del estereotipo germánico. En otro plano, cierra un relato abierto por una alteración, con el anuncio tranquilizador de que el *orden* público (y el orden del discurso) ha sido restablecido, que ha vuelto la normalidad rota: "Ven Dolabella, y reconoce / un orden solemne en esta ceremonia" (William Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*).<sup>2</sup>

Así se intuye aquella pavorosa simetría de acción y reacción, atentado y represalia, delito y castigo (con su geométrica relación de uno a diez) que dominará la memoria de estos hechos: como si el caso hubiera sido abierto y cerrado en el espacio de dos párrafos, como si nada hubiera sucedido antes y después, y la secuencia de *via Rasella*-Fosas Ardeatinas fuera un ciclo cerrado en sí mismo. Ejecutada la orden, que no se hable más de ella; pongamos una piedra encima, o mejor, como hicieron los nazis, un montón de puzolana en las galerías derrumbadas y un estrato de basura para cubrir el olor.

Pero hay más: en el plano meramente referencial, en realidad, declara una simple verdad, que los comandantes alemanes tuvieron que confirmar con repug-

nancia en los procesos de la posguerra: el anuncio de la represalia fue dado solamente *después* de haber sido ejecutada. Entonces no hubo investigación alguna y tampoco ninguna ocasión de "presentarse" ante los alemanes para evitarlo.

No hubo ningún bando pegado en las paredes, ningún comunicado radial, ningún intento serio de capturar a quien había cumplido la acción. Pero una de las paradojas de esta historia es que, alrededor de ella, se ha consolidado un sentido común empapado de desinformación, que vuelca la responsabilidad de la masacre sobre los partisanos, los reos, de no haber previsto la represalia entregándose a los nazis. Este sentido común se presenta, por un lado, como una contranarración alternativa a la "historia de los vencedores" y a la "vulgata de la resistencia" y, por otro lado, se vale de la fuerza institucional de entes, poderes, partidos, órganos de comunicación para nada minoritarios o subalternos: combina entonces la sugestión de un relato alternativo con la fuerza de penetración de una narración hegemónica.

El editorial del *Osservatore Romano* es, en este sentido, un texto ejemplar y fundacional por su oportunidad y por el carácter autorizado de la fuente. Apenas ha sucedido la matanza en las Fosas Ardeatinas, pero las víctimas son sólo los alemanes; los hombres muertos en las Ardeatinas aparecen sólo como "personas sacrificadas". Resulta difícil imaginar que el órgano oficial de la Iglesia católica utilice un término como *sacrificadas* de modo neutral, casual. Un sacrificio, capaz de reflejar lo sacro, es la reparación por una culpa, un gesto de purificación. Creo que involuntariamente pero de modo significativo, esta expresión del diario de la Iglesia parece sugerir que lo sucedido en las Fosas Ardeatinas fue un acto litúrgico, cuyos oficiantes podemos imaginar.<sup>3</sup>

No hay dudas acerca de sobre quiénes recae la culpa que hace necesario el sacrificio: los "culpables escapados al arresto". El *Osservatore Romano* deja entender entonces que los nazis buscaron a los "culpables" antes de decidirse a la masacre; tampoco están en conocimiento de rectificaciones, previsiones o desmentidas posteriores. Aquí nace el desplazamiento de la culpa sobre los viles partisanos que fueron a ocultarse abandonando ("irresponsables"), a su destino, a las víctimas de la represalia.<sup>4</sup> Además de la derecha política, serán justamente órganos y fuentes cercanas a la Iglesia y al mundo católico, a partir de los Comités cívicos, los que relanzarán esta versión en el curso de los años, hasta hacerla entrar en las venas de la imaginación común, contribuyendo así a envenenar la memoria del hecho, y con ella a la memoria de la resistencia, de la identidad y de los orígenes de la República. Que es el verdadero éxito a largo plazo de la represalia nazi.

El día que comencé a pensar en este libro, le mencioné las Fosas Ardeatinas a una amiga, una mujer de unos cuarenta años, diplomada, muy culta e inteligente, con una vida de militancia en la izquierda. Y ella reaccionó: "Te lo digo *in camera caritatis*, y no lo diría fuera de aquí; pero, ¿por qué aquellos no se presentaron?". Mi amiga no sabía que la noticia de la represalia fue proporcionada solamente después de la masacre, y que entonces no hubo invitación alguna a presentarse. No sabía que se había desarrollado un proceso contra los partisanos,

para declararlos responsables de la represalia, y que se había terminado con tres absoluciones en los años 1950, 1954 y 1957.<sup>3</sup> La cuestión es que, hasta el proceso Priebke, ni lo sabía yo, y en los orígenes de este libro no resulta extraño el desconcierto ante el descubrimiento de cuánto me sentía sujeto también yo a este sentido común.

Por otro lado, estamos rodeados por ese sentido común. En Zagarolo, en la provincia de Roma, la calle principal está dedicada a Antonio Fabrini, obrero, "mártir de las Fosas Ardeatinas". Me detengo a hablar con un grupo de personas, y un agricultor jubilado, que también es Fabrini<sup>b</sup> de apellido, dice: "Después en Regina Coeli, cuando fue el atentado en *via Rasella*, que murieron 33 alemanes, entonces capturaron a estos prisioneros políticos. A él [Antonio Fabrini] lo mataron, éstos lo mataron, porque hicieron la [represalia]; pero a Capponi y a Bentivegna les dieron la medalla de oro. ¿Cuándo les hacen el proceso a éstos? ¡Ah, no! A éstos, los hacemos héroes; a los otros, los matamos. Eh, querido amigo. ¿Por qué? ¿No eran hijos de madre aquellos 33 del Alto Adigio? Así. Ponemos una bomba y nos escapamos. No se presentaron al llamado —tenía que presentarse el que puso la bomba—. ¡Qué importa! Se agarra la medalla de oro y los sueldos. Mira, no hablemos más, porque nos quedamos mal. Y mi idea la tienen muchos, y muchos muchos muchos. Y éstos se van de paseo con su medalla. Y a los otros los mataron. Padres de familia. Tenía dos, tres hijos tenía, pequeños".

Un sábado a la mañana del mes de noviembre de 1997, en la cripta de las Fosas Ardeatinas, sorprendo una conversación entre un grupo de señoras ancianas. Vienen de Tívoli, han hecho una excursión al Divino Amore en la *via Ardeatina* y después han venido aquí. "Pienso que también fue ordenado", dice una, refiriéndose a Priebke, y las otras hacen eco: "Claro que le dieron la orden". Pregunto si ellas, en caso de que les ordenaran hacer lo mismo, lo harían: "No, por caridad, no, pero yo dije: le dieron la orden, no fue justamente idea suya, quiero decir, ve allí, quiero matar a trescientas personas...". Están muy conmovidas; algunas de ellas han estado ya aquí inmediatamente después de la guerra. Pero otra concluye: "Y después le dieron la medalla de oro al que puso la bomba en *via Rasella*; pero yo lo hubiera fusilado a ése. Porque si se sentía tan héroe, podía aparecer y decir, en lugar de matar a todas estas personas, fui yo. Como hizo Salvo D'Acquisto que no mató a nadie, pero dijo fui yo y salvó a todas aquellas otras personas".<sup>c</sup>

En mi sala de la universidad, una estudiante, Sara Leoni,<sup>d</sup> me cuenta una historia fantástica: "en el sentido de que mi abuela ha hospedado en su casa a una de las personas que arrojaron la bomba en *via Rasella*: Carla Capponi. En realidad, todos decían 'no, tienes que confesar, porque pueden matar a doscientas personas'. Y des-

<sup>b</sup> Giuseppe Fabrini (1926), agricultor; Zagarolo; 25/8/1997.

<sup>c</sup> Interlocutora no identificada, de Tívoli, de unos 70 años; Fosas Ardeatinas; 8/11/1997.

<sup>d</sup> Sara Leoni (25 años), estudiante de lenguas extranjeras; 12/9/1997.

pués ella decidió no confesar". Es un relato mítico, tendiente como tantos otros a reforzar la relación personal del narrador con un hecho significativo de la Historia; y por cierto no es el único relato erróneo sobre el comportamiento de los *gappisti*\* después de *via Rasella*. Más tarde, un pariente suyo me explica que en realidad fue sólo la madre de Carla Capponi, amiga de la familia, quien fue hospedada por sus padres, ya desde antes de *via Rasella*. Pero también ella cree recordar encendidas discusiones sobre la conveniencia de que los *gappisti* se entregaran.<sup>e</sup>

"El acto de guerra en cuanto tal era considerado —aun por los viejos que habían hecho la República Social, y que habían seguido siendo fascistas hasta el final—, como un acto legítimo. Lo que se consideraba vil era el no presentarse, a pesar de que todos supieran bien la consecuencia, en cuanto el derecho de represalia estaba ampliamente previsto" (*Gianfranco Fini*).<sup>f</sup> Mario Fiorentini,<sup>g</sup> que fue uno de los organizadores de la acción de *via Rasella*, dice: "En Roma, si les preguntas a diez personas sobre *via Rasella*, probablemente tres de ellas entienden el punto de vista de los *gappisti* y lo sostienen, dos no saben qué decir y cinco son contrarios". Esta convicción se funda en algunas ideas recurrentes: que la represalia era automática y, por lo tanto, prevista por los partisanos; que se habría podido evitar si los partisanos se hubieran "presentado", como se cuenta que hizo el carabiniero Salvo D'Acquisto; que los alemanes no eran responsables de la matanza, sino meros ejecutores de órdenes. A los policías del Batallón Bozen y a las personas muertas en las Fosas Ardeatinas se las figuran a todas, por igual, como víctimas de los partisanos de *via Rasella*, todos "padres de familia", como dice elocuentemente Giuseppe Fabrini.

Ahora bien, el agricultor de Zagarolo, la estudiante romana, las pías mujeres de las Fosas Ardeatinas no son fascistas; la emoción principal, ante todo en el caso de las últimas, es la piedad cristiana por los muertos. Sin embargo, su argumentación se une de modo impresionante no sólo a la actitud dictada por el órgano oficial de la Iglesia católica inmediatamente después de los hechos, sino también a los carteles pegados en las calles de Roma, todavía a fines de noviembre de 1997, por los jóvenes *rautiani*\*\* de la Fiamma, que exigían la libertad de Priebke y la condena de los partisanos "asesinos".<sup>h</sup> La historia de *via Rasella* y de las Fosas Ardeatinas es acaso el único terreno en que las posiciones de la derecha más extrema se han fusionado sin solución de continuidad con el sentido común moderado. Y es esta convergencia lo que vuelve particularmente inquietantes los relatos difundidos sobre las Fosas Ardeatinas.

<sup>e</sup> María Grazia Petterini (1935), empleada; 15/10/1997.

<sup>f</sup> Gianfranco Fini (1952), secretario político de Alleanza Nazionale; 1/12/1997.

<sup>g</sup> Mario Fiorentini (1918), profesor universitario de matemática, miembro de los GAP centrales; participó en la preparación de la acción de *via Rasella*; 15 y 29/7, 1/11/1997; 5/1, 2/3, 7/11/1998.

<sup>h</sup> *Gappisti*: Miembros de los Grupos de Acción Patriótica (GAP); fuerzas de resistencia romana formadas, en gran parte, por estudiantes pequeñoburgueses afiliados al PC.

\*\* *Rautiani*: Seguidores de Pino Rauti, presidente del MSI.

### El sentido de la historia en Roma

Via Romagna via Tasso principal  
veintitrés de marzo fue el aniversario  
de quien nos hizo pasar tiempos brutales.  
los alemanes hicieron la advertencia  
pusieron gran patrulla en cada avenida;  
el que se tiene que vengar ya no tiene paciencia  
el que bomba en mano o con revólver  
alemanes muertos por la via Rasella.

EGIDIO CRISTINI

Es lógico que las octavas de los poetas orales canten de *via Rasella*, de las Fosas Ardeatinas, de la fuga de Kappler desde el Celio. Por las dimensiones de la matanza y por las controversias no absorbidas, las Fosas Ardeatinas siguen siendo una herida abierta en la memoria y en los sentimientos de la ciudad. Resulta suficiente mirar alrededor de uno, raspar la superficie de la memoria, y los relatos brotan. Roma está llena de ellos, ellos nos rodean. Por ejemplo, sólo con el libro prácticamente terminado, he advertido que Pilo Albertelli había sido profesor de mi madre, que Mario y Alfredo Capecci, cuando muchachos, iban a jugar en los campos donde ahora está mi casa, y que un muchacho de Genzano, que había hecho conmigo la tesis final, era el sobrino de otro de los muertos. Por otro lado, la historia familiar ampliada por Sara Leoni es apenas una de las tantas historias que he recogido casi sin salir de mi habitación de la universidad, entre estudiantes y colegas.

Muchas son historias familiares de apropiación por contacto del hecho histórico (“yo estaba”, incluso, “mi padre estaba”), articuladas con clásicas narraciones de peligros superados.

Giovanna Marroni (bibliotecaria):<sup>a</sup> “La hermana de mi abuela con el marido estaban en el cine Barberini justamente cuando sucedió el atentado, y a la salida del cine contaban que precisamente habían visto aquella gran confusión y casi por casualidad pudieron meterse en aquel [callejón]”.

Antonietta Saracino (investigadora):<sup>b</sup> “En mi familia siempre ha dado vueltas esta narración: papá me decía que ese día había pasado por *via Rasella* un momento antes o un momento después, escuchó esos gritos, en suma, no entendía de qué se trataba y lo entendió después. Una cantidad de gente conocida seguía diciéndose esta película: ‘mira, el que caminaba veinte metros adelante fue apresado cuando clausuraron la calle, yo estoy vivo por milagro’”.

<sup>a</sup> Giovanna Marroni (1956), bibliotecaria; 22/5/1998.

<sup>b</sup> Antonietta Saracino (1960), investigadora universitaria de cultura inglesa; 22/5/1998.

En cambio, otros relatos se refieren a la memoria, a los nombres, los lugares, los rituales.

Neelam Srivastava (estudiante):<sup>c</sup> “También yo tengo un recuerdo personal: una compañera mía de escuela, una amiga, su abuelo murió en las Fosas Ardeatinas, ahora hay una plaza cerca de mi casa con una lápida, donde está escrito que él murió en las Fosas Ardeatinas, y ella me lo recordaba. Y éste fue mi primer impacto con este episodio, porque casi no sabía nada de él, y entonces fue una cosa muy inmediata. De apellido era Zicconi. Pero no conozco su nombre”.

Carla Gabrieli (investigadora):<sup>d</sup> “[Mis padres] eran del Partito d’Azione,\* y siempre me han hablado mucho de todos estos hechos y, en particular, de las Fosas Ardeatinas... Ellos eran muy amigos de dos personas muertas en las Fosas Ardeatinas, especialmente de Pilo Albertelli, y de aquel otro que se llamaba Pierantoni”.

Vanda Perretta: “Después hay un segundo recuerdo. Cuando las Fosas Ardeatinas fueron abiertas, mamá agarró a estas tres chicas, y nos llevó a las Fosas Ardeatinas. Que no eran como hoy, y eran algo que en mi recuerdo quedó como una cosa mórbida, porque era mórbido el suelo en la tierra, se andaba sobre lo mórbido, como si fuera una gran *moquette*; y mórbido era el olor, de los nardos, que desde entonces ya no puedo tener cerca. Porque después creí reconocer en los nardos ese olor de muertos que había dentro de las Fosas Ardeatinas”.

En fin, otras narraciones están ligadas menos a las memorias familiares o amistosas, y más al espacio urbano.

Alessia Salvatori (estudiante):<sup>e</sup> “Aunque uno no tenga una noción específica de lo que sucedió; se sabe de algún modo, porque viviendo en Roma, viviendo en esa zona, con el hecho de que todos los años hay ceremonias o que siempre se recuerda, no es algo que pasa al olvido. Yo vivo en el Eur y, entonces, siempre pasamos cerca de las Fosas Ardeatinas. También recuerdo, cuando era niña, que era normal preguntar “qué son”. Yo recuerdo que me llevaron allí, era bastante pequeña, y me conmovió justamente esta imagen aterradora de toda esa secuencia de, digamos, en suma, de tumbas”.

Marco Ferrante (ex estudiante):<sup>f</sup> “Yo me enteré por la tarde: lo primero que se me cruzó –yo [tengo] una pasión por la bicicleta, me pasa que voy por el recorrido del [Gran Premio] Liberación<sup>8</sup> cuando me quiero entrenar en la ciudad–: ‘yo me voy a las Fosas Ardeatinas, estarán cerradas, pero yo voy un momento, allí, sólo un momento, hacia allá, así’, y he hecho una pedaleada hasta allí y me quedé un poco ahí”.

<sup>c</sup> Neelam Srivastava (25 años), estudiante universitaria de lenguas extranjeras; 25/9/1997.

<sup>d</sup> Carla Gabrieli (1952), investigadora universitaria de cultura inglesa; 20/11/1997.

<sup>e</sup> Alessia Salvatori (1971), estudiante universitaria de lenguas extranjeras; 12/12/1997.

<sup>f</sup> Marco Ferrante (1966), practicante de periodismo; 4/3/1998.

\* Un partido progresista, libertario, con elementos liberales, republicanos y socialistas. Fue muy activo en la oposición clandestina al fascismo y durante la resistencia, con el grupo Giustizia e Libertà [N. del T.].

Trescientas treinta y cinco personas significan ya tres generaciones de otras tantas familias, parientes cercanos, parientes lejanos; por cada uno de ellos, significan amigos, compañeros de trabajo, de partido, de sindicato, de escuela, de iglesia y vecinos de casa, del barrio: el relato de las Fosas Ardeatinas es una continuidad de anillos concéntricos que se expanden hasta invadir el espacio de la ciudad. “Realmente –como escribía Henry James– las relaciones no se detienen nunca”.<sup>9</sup> Solamente –como escribía Henry James– las relaciones no se detienen nunca”.<sup>9</sup> Solamente entre muchachos de la periferia cuyas familias han emigrado a Roma una generación después, he encontrado áreas en que esta historia no era conocida y era sólo una incierta memoria escolar. Hablar de las Fosas Ardeatinas y de su memoria, en definitiva, significa hablar de Roma.

Antonio Pappagallo,<sup>8</sup> coterráneo de don Pietro Pappagallo y de Gioacchino Gesmundo, muertos en las Fosas Ardeatinas, sobrino del primero, amigo y discípulo informal del segundo, cuenta: “Muchas veces me han llevado a una escuela en Terlizzi, pero no me gusta, no sé hablar... El rector me dice: ‘Habla, habla algo...’. Me ha tirado a la tarima allí y entonces tuve que hablar, me he esforzado y dije: ‘muchachos, yo les doy un ejemplo y basta. Tomen a Gesmundo y a don Pietro que son paisanos vuestros e imaginen un embudo... que se tiran adentro de esta mezcla de dos opuestos... teóricamente, mi tío católico, cura, y Gesmundo laico, es decir de ideas laicas, comunista como era... ¿Cómo es posible que estas dos personas salgan de este embudo y ustedes no saben decir si éste es don Pietro o es Gesmundo, porque los dos confunden sus entidades, y se puede decir que uno es más cura que el otro y el otro es más comunista que el primero en el sentido de que por comunista queremos entender el altruismo respecto del prójimo?’”

“En las Fosas Ardeatinas está mi padre, pero hay un niño de 14 años, hay sacerdotes, hay obreros, hay empleados, militares, carabinieri; seguramente, hace un momento, usted decía algo justo: que las Fosas Ardeatinas son el símbolo de la tragedia italiana porque allí se ha juntado todo, todos fueron representados, no ha sido otra cosa que el símbolo de lo que pasaba alrededor, en las plazas de Roma” (*Vera Simoni*).<sup>h</sup> En las Fosas Ardeatinas mueren católicos, judíos, ateos, comunistas de distintas agrupaciones, socialistas, liberales, *azionisti*,\* monárquicos, apolíticos, militares, civiles. Son aristócratas, obreros, artesanos, comerciantes, profesionales. Vienen de un compromiso activo y de un riesgo conscientemente asumido en la resistencia, o han sido apresados por azar y para completar el número, por haberse encontrado en el lugar equivocado o por no haber renegado de la religión y la identidad judía. “Frente a las Ardeatinas –ha escrito Vittorio Foa– mis inspi-

raciones son... casi naturalistas: la unificación, la convergencia de los itinerarios vitales... Se mataba a los judíos porque eran judíos, no por lo que pensaban o hacían... Se mataba a los antifascistas por lo que pensaban y hacían, se mataba a hombres que no tenían nada que ver, solamente porque eran números a completar a fin de ejecutar la orden”.<sup>10</sup> A las Fosas Ardeatinas llegan desde todos los barrios y arrabales de Roma, Trastevere y Montesacro, Torpignattara y Trionfale, Portico di Ottavia y Centocelle, Testaccio y La Storta. Muchos han nacido en Roma; pero a Roma la gente ha llegado desde muchos lugares, y en las Fosas Ardeatinas acaban vidas iniciadas en Abruzzo, en Puglia, en Turín, en los Castelli romanos, y en Luxemburgo, en Hungría, en Turquía, en Ucrania...

Roma es una ciudad donde el peso de la historia corre el riesgo de frustrar o esterilizar la memoria o, por lo menos, de volver irrelevante su escucha. En Roma, la Historia es demasiado, a menudo, una esfera extraña y lejana (*Los indiferentes*, de Alberto Moravia) o un peso aplastante que te anula (*La Historia*, de Elsa Morante). Por eso, la relación entre Roma y las Fosas Ardeatinas es tan importante. En esta investigación, he reaprendido a mirar las calles y las casas de mi ciudad. Junto a San Pedro y al Coliseo he visto otros lugares de la historia, otros monumentos de mi Roma: y no tanto el mausoleo de las Fosas Ardeatinas como ciertos inmensos monoblocks de casas populares grandes como ciudades y bellísimos, como los del *piazzale degli Eroi* n. 8, donde Cencio Baldazzi educó a una generación de *azionisti*. O *via Marmorata* 169, con el obelisco erigido por los inquilinos a sus vecinos muertos en las Ardeatinas y en Auschwitz en el centro del patio; o “Stalingrado” en Val Melaina, todavía hoy baluarte de conciencia de clase, también allí con la lápida sobre el portón dedicada a los muertos de las Ardeatinas y a Forte Bravetta. Y he conocido, personalmente o en la memoria, a los grandes hombres de la historia popular de Roma: Cencio Baldazzi, Vittorio Mallozzi, Enrico Ferola, Orfeo Mucci...

Las Fosas Ardeatinas no son, por cierto, la única ni la peor de las matanzas nazis. Pero son la única matanza “metropolitana” acaecida en Europa: no solamente la única perpetrada dentro de un espacio urbano, sino la única que en la heterogeneidad de las víctimas asume toda la compleja estratificación de historias de una gran ciudad. Por eso es tan grande la presión de este hecho sobre la memoria y la identidad. Es cierto que los muertos son todos hombres, pero como veremos, esto no hace más que otorgar un carácter central al papel de las mujeres en la supervivencia y en la memoria. En las Fosas Ardeatinas se compacta todo el espacio de la ciudad y un siglo de su historia; son el lugar simbólico donde todas las historias convergen, y hablar de ellas significa atravesar íntegra la historia de la Roma del novecientos, “esta ciudad rebelde y jamás domada”, como dice la vieja canción comunista, tan distinta del lugar común, que opuso a los nazis una resistencia activa y pasiva, intensa y difusa, y que por ello fue tan duramente golpeada.

<sup>8</sup> Antonio Pappagallo (1917), empleado, hijo de un hermano de don Pietro Pappagallo, muerto en las Fosas Ardeatinas; 26/5/1998.

<sup>h</sup> Vera Simoni (1922), hija de Simone Simoni, muerto en las Fosas Ardeatinas; 4/5/1998.

\* Miembros del Partito d'Azione.

### *Dónde comienzan y dónde terminan las historias*

Si uno busca “Fosas Ardeatinas” en Internet, se encuentra con un sitio de informaciones histórico turísticas para extranjeros, que contiene una página dedicada a dicho lugar. Comienza así: “23 March 1944 a bomb exploded in Via Rasella killing 32 German troops. In retaliation the Germans decided to kill 10 Italians for each man who was killed”.<sup>11</sup>

“El relato –escribe el antropólogo norteamericano Bruce Jackson– genera sus límites de realidad aceptable”;<sup>12</sup> nada sucede antes del comienzo, nada sucede después del final. Un *incipit* perturba el orden, un final lo restablece. También en la mayor parte de la historiografía y en los libros escolares, además de las polémicas políticas y periodísticas, *via Rasella* y las Fosas Ardeatinas son tratadas como un hecho único y acabado en sí mismo; este libro se propone replicar a este abordaje. En primer lugar, como trataré de demostrar, la acción partisana de *via Rasella* y la matanza nazi de las Fosas Ardeatinas no son un solo hecho, sino *dos hechos distintos*, conectados entre sí por una relación evidente pero en absoluto automática, y aun altamente problemática. En segundo lugar, trataré de mostrar cómo la secuencia de la que forman parte no comienza necesariamente con aquella explosión en *via Rasella* y no termina con la explosión de las minas que hacen derrumbar las canteras sobre los cadáveres de los muertos.

Y no empieza allí no solamente porque, como he indicado arriba, no comienzan allí las historias de las personas que allí terminan; sino también, más inmediatamente, porque *via Rasella* fue la más clamorosa, pero no –como dice la creencia difundida– la única acción partisana, y tampoco la primera, en que se mataron alemanes en el centro de Roma: hubo muchas otras, y ninguna de ellas fue seguida por una represalia análoga. Y no terminan allí, porque las Fosas Ardeatinas no fueron la única y tampoco la última matanza perpetrada por los nazis en la ciudad de Roma, sino que fueron precedidas y seguidas por los 72 fusilados en Forte Bravetta, por los 10 fusilados en Pietralata el 23 de octubre, por las 10 mujeres muertas en Ostiense por haber asaltado un horno, por los 14 masacrados en la Storta en el camino de la fuga, el 4 de junio, sin que hubiera sucedido ningún atentado partisano que los “justificara”. Todo ello, por no hablar de las deportaciones en masa, con los miles de muertos que les siguieron: 2 mil judíos entre la *razzia* del 16 de octubre y los arrestos particulares de los meses siguientes; centenares de carabineros deportados; miles de rastrillados por las calles; 700 objeto de razias y deportados del Quadraro un mes antes de la liberación. Y, en torno, estaban la guerra, los bombardeos, el hambre, los renuentes a la leva fascista escondidos, los desbandados que acampaban, el toque de queda.

Pero la historia no se cierra allí, con el orden restablecido después de la masacre; ante todo, porque las Fosas Ardeatinas no son solamente el lugar en que

muchas historias terminan, sino también el lugar desde donde una infinidad de otras historias se derraman. Desde allí parte de nuevo una batalla por el significado y la memoria, que se desarrolla en las páginas de los diarios, en las aulas de los tribunales, en las lápidas sobre los muros y en las ceremonias: por esta “fea historia” se celebran procesos a medio siglo de distancia y literalmente nos golpeamos todavía por ella. Pero, más dolorosos, más constantes y casi siempre más silenciosos son el esfuerzo y la tensión que atraviesan la vida y los sentimientos de quienes han quedado: padres, cónyuges, hijos, sobrinos, hermanos y hermanas de los muertos. Hacer la historia del luto público significa recorrer de nuevo las mutaciones del clima político a través de medio siglo; hacer la historia de los lutos personales significa interrogarse sobre cómo ha sido posible avanzar después. La historia de las Fosas Ardeatinas es realmente, como en el título del libro de Robert Katz, la historia de la “muerte en Roma”, pero en otro sentido: es la historia de cómo la ciudad –las instituciones y los individuos– han tratado de elaborar, a veces de acuerdo, a menudo en conflicto o ignorándose mutuamente, el sentido de esta muerte masiva que sin embargo es muerte de personas, absurda, violenta, cruel.

Ada Pignotti<sup>a</sup> tenía 23 años, en las Fosas Ardeatinas perdió al marido con quien se había casado pocos meses antes, y a otros tres familiares. Que se sepa, ninguno era partisano, pero aquel día todos estaban cerca de *via Rasella*. Cuenta: “En aquella época, después de sucedido el hecho, en el '44, no se hablaba realmente, no se podía hablar. He trabajado cuarenta años, entonces, y en mi oficina, a veces, cuando me preguntaban algo, no les decía nada, porque te lo preguntaban con *coso* [desafiantes]: ‘bien, decían, es la culpa de quien puso la bomba’. Hacía de modo que no los escuchaba, porque siempre me contestaban así: ‘eh, pero la culpa no es de los alemanes, la culpa es de quien puso la bomba’. Decían, porque si se presentaban, ellos no los mataban. ¿Pero dónde está escrita esta historia? ¿Cuándo lo dijeron? ¿Cuándo? Porque no dijeron nada, no es cierto que pusieron los bandos, los pusieron después, cuando ya habían matado a los 335. Porque nosotros seguimos día a día todas las tragedias, y se lo dije, cuando leímos aquello en el diario me sentí mal, mi cuñada a mi lado. No podías ni razonar porque, dicen: ‘¿qué haces, estás defendiendo a los que pusieron la bomba?’ Yo no defendiendo a nadie, porque las cosas son así, es inútil si las queremos mover”.

La coartada de la culpa de los partisanos exorciza la presencia de estas personas que, con su sola existencia, resquebrajan la tranquilidad de las conciencias. Para cada uno de ellos ha sido difícil y penoso hacer las cuentas sobre las razones y las causas, y las conclusiones cambian de persona en persona. Igual cosa rige para los partisanos que participaron del ataque de *via Rasella* y de otras acciones armadas. “El hecho de dar muerte, de destruir, es algo que te destruye a ti mismo, cada vez un

<sup>a</sup> Ada Pignotti (1920), empleada jubilada. En las Fosas Ardeatinas mataron a su marido Angelo Pignotti, a su cuñado Umberto Pignotti, a un primo del marido, a Antonio Prospero y a un cuñado del cuñado, Fulvio Mastrangeli; 23/2/1998.

pedacito te lleva”, dice Carla Capponi.<sup>b</sup> También para ellos, hacer las cuentas con este hecho ha sido un trabajo largo y complejo, de desenlaces múltiples: desde el compromiso por la memoria de algunos hasta el silencio de otros, desde la militancia política de unos hasta el trabajo profesional e intelectual de otros.

### Fuentes orales

[En chino] las expresiones para decir *venganza* son: “contar un crimen” o “hablar de cinco familias”. La venganza es la narración.  
MAXINE HONG KINGSTON, *The woman warrior*<sup>13</sup>

En los comienzos de este proyecto me tocó encontrarme en la facultad con un joven judío romano. Para su suerte, no había perdido a ningún familiar cercano en las Fosas Ardeatinas o en los campos de exterminio. Le había pedido que habláramos justamente por esto, a fin de empezar a formarme una idea de la transmisión y la circulación de estas memorias más allá del círculo de las personas directamente golpeadas, en el gueto de Roma. Al final de la conversación le agradecí, y él me agradeció a mí. Después me explicó: “Ves, yo llegué aquí un poco antes y no había almorzado. Entonces, pensé ir al bar que está abajo. Miré, vi que tenían solamente sándwiches de jamón y mozzarella. En otro momento, los hubiera comido sin problemas. Pero ahora debía dar la entrevista, y no tenía ánimo para comerlo. Porque, para mí, ésta era una *mitzvah*”.<sup>14</sup>

Una diferencia entre las fuentes escritas y las fuentes orales consiste en que las primeras son por lo común documentos y las segundas son siempre actos; no deben pensarse en términos sustantivos y de cosas, sino de verbos y de procesos; no la memoria y el relato, sino recordar, contar. Las fuentes orales no son nunca anónimas e impersonales, como es justo que sean las institucionales. Por cuanto la narración y la memoria pueden contener materiales compartidos con otros, los que recuerdan y cuentan son siempre individuos singulares, que asumen de vez en vez la responsabilidad y el compromiso de lo que recuerdan y dicen. Por eso, una entrevista, aun para una persona joven y alejada de los hechos, puede ser una *mitzvah*, un precepto –testimoniar, en el sentido menos cercano al judicial y más al religioso–. Settimia Spizzichino,<sup>a</sup> la única mujer entre los rastreados del 16 de octubre que pudo volver, dice: “Yo hice una promesa cuando estaba en el campo, hice una promesa solemne a mis cincuenta compañeras, que en gran cantidad fueron seleccionadas [para ser muertas] y muchas murieron de enfermedad, de privaciones. Yo

<sup>b</sup> Carla Capponi (1919), dirigente del PCI; componente de los GAP centrales, participante de la acción de *via Rasella*; 28/5/1997 y 14/8/1998.

<sup>a</sup> Settimia Spizzichino (1921), empleada, deportada a Bergen Belsen; la madre, dos hermanos y tres sobrinos murieron en el campo de exterminio; 22/11/1997.

me rebelaba, no sabía si imprecicar a Dios o rezarle, decía: ‘Señor sálvame sálvame, porque debo volver y contar’”.

Pero contar –como lo han sentido trágicamente muchos de los sobrevivientes de los campos de exterminio– depende de la existencia de alguien que escuche. Una de las cosas que diferencia las fuentes orales es justamente el hecho de ser el final de un trabajo común entre los narradores y el investigador, que los va a buscar, los escucha, les pregunta. También este hecho puede ser un precepto, oral y profesional. Así lo ha explicado otra estudiante de mi departamento:

Sibilla Drisaldi:<sup>b</sup> “Si recuerda *Alce Nero parla*, a mí me había interesado que *Alce Nero*, cuando el encargado de la transcripción se le acerca a pedirle que cuente su historia, le hace entender que ella no solamente lo esperaba, sino que sabía que llegaría una persona a hacer dicha colección, esta transcripción, y además le hace entender que ella lo habría llamado. Y pensando en esto, recordé que hace dos años, al salir de una librería donde había estado comprando un libro de James Welch,<sup>15</sup> entre otras cosas, para un seminario suyo, estaba con mi padre y nos pusimos a hablar de indios, de la resistencia india, y de allí llegamos no sé cómo a los partisanos y a *via Rasella*. No era la primera vez que escuchaba relatos históricos de mi padre sobre ese hecho, porque mi padre –más allá de que mi abuelo era partisano– seguramente conoce la historia. Pero aquella vez, del relato que él hacía justamente de *via Rasella*, pensé que hubiera sido muy hermoso, más allá de la reconstrucción histórica, contar las historias de las personas que vivieron aquel período, en la memoria. La única persona que conozco y que podría hacer un trabajo de este tipo, atendiendo no solamente a la colección de las informaciones, sino también a las historias de vida –porque existe un interés ligado a, a la literatura, ¿no?, por las historias–; y pensé: Sandro Portelli”.

No soy la única persona, pero realmente he tenido la noción de que esta historia me llamaba y he sentido personalmente la necesidad de este relato. Este libro nace un día de agosto de 1994, pocos meses después del ascenso de la derecha al gobierno, cuando encontré una gran esvástica negra pintada en la columna que frente a mi casa conmemora a los catorce masacrados del 4 de junio en la Storta. La necesidad de “contar un crimen” siguió luego, cuando Leonardo Paggi me comprometió en el encuentro “*In Memory*” sobre las matanzas nazis en Europa y sobre la “memoria dividida” de Civitella en Val di Chiara<sup>16</sup> y, junto a Franco De Felice, prácticamente me obligó a que empezara a pensar en las Fosas Ardeatinas.

Pero no fuimos solamente los narradores y narradoras, que aceptaron hablarme, y yo como investigador quienes pensamos en este trabajo como una cosa que debía ser hecha. Muchas de las personas que me ayudaron a transcribir las entrevistas me regalaron su trabajo; todos aquellos que no podían permitírselo, aceptaron compensaciones prácticamente simbólicas. No lo hicieron por mí, sino por la historia que me ayudaban a armar, por el crimen que debía ser narrado. Sus nom-

<sup>b</sup> Sibilla Drisaldi (1967), música, estudiante universitaria de lenguas extranjeras; 12/12/1997.

bres son: Giuseppina Incalza, Manuela Bagnetti, Cristiana Cervelloni, Marco Morini, Alessia Guglielmi, Sara Antonelli, Lucia Antonelli, Ulrike Viccaro, Romina Cometti, Giuliano Di Cerbo, Sara Manafra... La Asociación nacional de las familias de los mártires caídos por la libertad de Italia [ANFIM], el Instituto romano para la historia de Italia desde el fascismo hasta la resistencia [IRSIFAR] y el Centro de Cultura Judía de Roma me ayudaron sin interferir. Muchas personas (entre otras, la señora Emma Fiorentino Alatri, Luciano Chiolli, Piero De Gennaro, Massimo Taborri y el Círculo Cultural Montesacro) se comprometieron a encontrarme contactos, a organizar entrevistas; Flavio Govoni me permitió publicar algunos versos de la obra poética de Corrado Govoni. Pero debo recordar a personas de alineación opuesta (el abogado Giachini, Gianfranco Fini), que han confiado en mi conducta intelectual, sino en otra cosa. Es motivo de orgullo que esta investigación se haya desarrollado sin sostén o espónsor alguno, institucional o no. Es una señal de que, si se quiere, muchas cosas pueden hacerse.

### *Deseo, dolor, búsqueda de sentido*

La impresión de que esta historia me llamaba la he tenido no solamente por motivos de moral cívica, sino también porque constituía un desafío y una oportunidad única en el plano metodológico e intelectual para la práctica y la teoría de la historia oral. La historia oral es ante todo un trabajo de relaciones: entre narradores e investigadores, entre hechos del pasado y narraciones dialógicas del presente; es un trabajo esforzado y difícil, porque exige al historiador el trabajo tanto en la dimensión fáctica como en la narrativa, en el referente y en el significante, en el pasado y en el presente, y ante todo en el espacio que corre entre los dos. Ahora, las Fosas Ardeatinas son un hecho acaecido, pero también un hecho intensamente recordado y conflictivamente narrado: la bibliografía que se refiere a ellas es enorme y heterogénea, al punto de que podemos decir, con Washington Irving, que *via Rasella* y las Fosas Ardeatinas están entre esos hechos que se han vuelto incognoscibles por haber sido demasiado narrados.<sup>17</sup> No propongo agregarme a esta cantidad, porque este libro no contiene nuevas revelaciones o *scoop* sobre la marcha de los hechos, asumo las conclusiones (y las incertidumbres) de la historiografía existente; las fuentes escritas, bibliográficas y periodísticas, más allá de algunos documentos personales que me fueron ofrecidos por los entrevistados, son esencialmente fuentes ya públicas. Ante todo sirven para disponer de un cuadro problemático pero plausible de los hechos, sobre el cual resulta posible verificar y medir el trabajo creativo de la memoria y la narración.

No hago entonces historia "solamente con las fuentes orales", sino que son las fuentes orales las que me interesan. En primer lugar, porque documentan historias personales demasiado privadas como para despertar la atención de la historiografía, de las fuentes institucionales y de la prensa, que se concentran casi siempre en los

hechos en estricto sentido y saben muy poco de las vidas que los han precedido y ante todo de aquellas que los han seguido, excepto cuando las redescubren, como congeladas en el tiempo, en la apertura del proceso Priebeke. A través del relato de fuentes orales, cubrimos este vacío temporal, seguimos la transformación del significado de las Fosas Ardeatinas para las personas comprometidas en ellas y para la ciudad de Roma, reconstruimos la batalla por la memoria, exploramos la relación entre la materialidad de los hechos y la subjetividad de las personas, aprendemos la multiplicidad y la mutación histórica de los modos de enfrentar y de elaborar la muerte.

En segundo lugar, y justamente por ello, me fascina la importancia de los relatos erróneos, de los mitos, de las leyendas, de los silencios que se han espesado y reunido alrededor de estos hechos. La historia oral, en realidad, distingue entre hechos y relatos, entre historia y memoria, justamente porque considera que los relatos y las memorias son ellos mismos hechos históricos. Que una versión errada de la historia se vuelva sentido común no nos llama solamente a rectificar la reconstrucción de los hechos, sino también a interrogarnos sobre cómo y por qué este sentido común se ha construido, sobre su significado y sobre su utilidad. La credibilidad específica de las fuentes orales consiste en el hecho de que, aunque no correspondan a los hechos, las discrepancias y los errores son hechos en sí mismos, signos reveladores que remiten al tiempo del deseo y del dolor y a la difícil búsqueda del sentido.

Por otro lado, esto me parece necesario cuando la batalla sobre la memoria no se refiere ya solamente a las controversias entre los historiadores, o a las polémicas de parte que se han quedado en el pasado, sino que se convierte en el terreno mismo donde se discute de nuevo, se refunda o se demuele la identidad misma de nuestra República y de nuestra democracia surgida de aquellos hechos.

### *Construcción y uso de las fuentes*

Finalmente, alguna nota técnica sobre la formación y el tratamiento de las fuentes orales. El libro se basa en aproximadamente doscientas entrevistas individuales cuya duración varía entre los 15 minutos de sondeo sobre el conocimiento de los hechos y las muchas horas de reconstrucción de historias personales (en un caso fueron doce horas; generalmente se extienden entre una hora y media y tres). En ciertos casos, ha habido más de un encuentro con la misma persona. A éstos se deben agregar algunas situaciones "de grupo": encuentros organizados ex profeso en las escuelas: debates públicos, ceremonias y conmemoraciones. Todas esas entrevistas fueron grabadas en cinta, por mí, en Roma (salvo dos o tres), entre julio de 1997 y enero de 1999. En algún caso, he recuperado también grabaciones que hiciera en el pasado; en no más de tres o cuatro oportunidades también utilicé entrevistas hechas por otros, pero siempre en el arco de proyectos en los que

también participaba yo o con personas a las que he conocido. En todas las entrevistas recibí autorización verbal (grabada a veces; no me pareció necesario hacer acuerdos escritos) para usarlas en este libro.

He orientado la *búsqueda de las personas* que serían entrevistadas tratando de encontrar algunas cosas y grupos específicos:

- los familiares de las personas muertas en las Fosas Ardeatinas, intentando balancear entre personas significativas por el compromiso público, profuso en la memoria, y personas menos visibles, más silenciosas, y a veces más problemáticas. He recibido de la ANFIM toda la ayuda que requerí, pero también me he movido fuera de la red organizada de los familiares;
- los guerrilleros, en particular los componentes del Grupo de acción patriótica (GAP) que actuó en *via Rasella*; pero también otros, pertenecientes a otras formaciones políticas y activas en zonas diversas del centro histórico, de modo de traducir el contexto en que la acción de los GAP centrales se había inscrito;
- los lugares de la ciudad de donde provenían las personas muertas y donde habían estado activos los partisanos: Trastevere, Testaccio, Trionfale, Val Melaina, el gueto, Quadraro, Torpignattara. A este fin, también he recogido y uso en el libro historias de personas no directamente comprometidas que, sin embargo, ayudan a construir el contexto;
- portadores de la memoria de derecha, especialmente jóvenes; esto no sólo por un pluralismo abstracto, sino porque son fuentes de conocimientos y de experiencias a las que no podemos recurrir de otro modo, y porque una batalla por la memoria no se hace fingiendo que la otra parte no existe;
- personas no directamente comprometidas, de extracción y generación diversa, que me han parecido importantes por su relación con la ciudad y con su memoria, o que me ayudaron a comprender el significado y el impacto de este hecho más allá del círculo restringido de quien fue afectado personalmente;
- muchos jóvenes, mayores de 15 años: amigos de mis hijos, estudiantes de mi departamento, de clases escolares, etcétera, para verificar los conocimientos y para advertir el cambio generacional del significado y de la percepción de las Fosas Ardeatinas como hecho y como lugar.

Las entrevistas han sido *transcritas*, cerca de un tercio por mí y el resto por otras personas; en la mayor parte de los casos les he hecho llegar a las personas entrevistadas tanto la transcripción “gruesa” integral, como las partes del manuscrito en que eran citadas, de modo de asegurarme no haber hecho un uso impropio de sus palabras. He construido el libro como una narración polifónica a través del montaje de fragmentos más o menos amplios: tanto porque es imposible utilizar integralmente los miles de páginas de transcripciones, como porque la historia oral no es solamente colección de fuentes sino también interpretación. La interpretación empieza en el momento de la selección de las fuentes, sigue en el rol del

entrevistador durante el diálogo, culmina en la presentación final de la búsqueda: explícitamente en la voz autoral, implícitamente en las decisiones de montaje. Naturalmente, soy el único responsable de toda la dimensión interpretativa, y es por ello que firmo yo el libro.

Las citas son reproducidas en la mayor cantidad posible *verbatim*, porque en las elecciones lingüísticas y en la forma narrativa están presentes significados que no pueden ser extraídos sin destruirlos. Sin embargo, por motivos de legibilidad y de espacio, he recurrido a cortes y montajes internos, dirigidos de todos modos a mantener la cualidad del relato oral aun en su presentación escrita (es un falso cientificismo el que, por “objetividad” literal, traduce una buena *performance* oral con un texto escrito ilegible y aburrido). La entidad de estas intervenciones varía según la función de cada cita: mayor si la función es puramente informativa, menor si se trata de llamar la atención sobre la cualidad de lo dicho. He tenido muy en cuenta las exigencias de autopresentación en público de los entrevistados, a alguno de los cuales no les gusta ser citados con el lenguaje coloquial y a veces vernáculo que hemos utilizado espontáneamente en nuestras conversaciones. A casi todos les he expuesto las citas de sus entrevistas, y he incorporado las modificaciones que me pidieron. La presentación, de todos modos, está hecha de modo tal de recordarle al lector que se trata de discursos orales y dialógicos, no de monólogos o textos escritos; tampoco atribuyo a las fuentes palabra alguna que no hayan dicho efectivamente.

Los nombres de los entrevistados son indicados en el texto con cursiva; en cambio, los que se refieren a fuentes escritas (comprendidas también las entrevistas publicadas en libros o artículos) van en redondilla. También uso la cursiva para entrevistas ya publicadas y realizadas por mí o en el ámbito de proyectos en que he participado. Si un mismo nombre aparece a veces en cursiva y otras en redondilla, quiere decir que en el primer caso se trata de la entrevista hecha conmigo, y en el segundo de testimonios orales o escritos publicados en otro lugar.

Aun tratando de hacer lo posible, no he tenido el espacio para introducir más que citas parciales de las entrevistas, citas a veces fragmentarias, aunque todas han estado presentes en mí durante el trabajo; a fin de obviar este límite, he usado las aperturas y los cierres de los capítulos de modo tal que por lo menos una historia fuera dada casi entera, y muchas historias con un poco más de respiro. Y no he tenido el tiempo y las energías para hacer otras entrevistas que, sin embargo, hubieran sido necesarias. Por eso debo excusas y también agradecimientos a las personas que entrevisté y que no se encontrarán o se encontrarán sólo por fragmentos en el libro; y a las personas que no están en el libro porque no las busqué o no las encontré, o porque no se han sentido dispuestas a hablar todavía de estas cosas.

*El tiempo de los nombres*

En el curso del tiempo he asistido a todo el ciclo anual de las ceremonias y de las manifestaciones: la manifestación espontánea en *piazza* del Campidoglio el 1º de agosto, después de la sentencia que dejaba en libertad a Erich Priebke; la conmemoración del 24 de marzo en las Fosas Ardeatinas; el 25 de abril, una vez más en el Campidoglio; la conmemoración de la matanza de la Storta, el 4 de junio; el 8 de septiembre en Porta San Paolo... Y he pensado también yo en una novela de una escritora india de los Estados Unidos, *Ceremony*, de Leslie Marmon Silko. La autora la define no sólo como la representación de una ceremonia, sino como una ceremonia en sí misma. Querría que lo mismo rigiera para este libro: un relato de la historia y de la memoria, pero también, como las ceremonias italianas, una intervención activa en la historia, por lo menos en aquel concreto y grave hecho histórico que hoy es la memoria. Porque, dice Silko, el negro poder que invadía el mundo "está muerto por ahora, está muerto *por ahora*". Y, como dice Primo Levi, "ha sucedido y por lo tanto puede suceder". Las ceremonias sirven, cuando sirven, para oponerse a estos retornos.

En todas las ceremonias, el momento más intenso para mí ha sido la simple e interminable mención de los nombres de los muertos de las Ardeatinas. Algunos parientes, que la escuchan desde hace medio siglo, están cansados también de esto ("hacen siempre la misma cosa, la lista de los nombres, estás tres horas escuchando todos los nombres. Deberían hacer algo más, hablar un poco más, no que pongan esta linda corona, llaman estos nombres y se van a almorzar", *Gabriella Polli*);<sup>a</sup> otros lo viven todavía intensamente ("mire, todos los años cuando nombran, cuando leen la lista de todas las personas, todos los nombres, se siente verdaderamente la vida de cada uno, de personas tan distintas", *Adriana Montezemolo*).<sup>b</sup> Para mí, que era nuevo, ha sido un modo de confirmar que "los 335" son tanto una simbólica entidad colectiva como 335 individuos concretos. Y que si se necesita tanto tiempo para nombrarlos uno por uno, se debe haber necesitado mucho más tiempo para matarlos. ¡Cuánto tiempo ha durado esta muerte!

Y ahora, empecemos: Ferdinando Agnini, Teodato Albanese, Pilo Albertelli, Ivano Amoretti, Aldo Angelai, Virgilio Angeli, Paolo Angelini, Giovanni Angelucci, Bruno Annarummi, Lazzaro Anticoli...

<sup>a</sup> Gabriella Polli (1943), empleada de correos; hija de Domenico Polli y sobrina de Ottavio Capozio, muertos en las Fosas Ardeatinas; Alatri, 18/5/1998.

<sup>b</sup> Adriana Cordero Lanza di Montezemolo (1931), empresaria agrícola; hija de Giuseppe Cordero Lanza di Montezemolo, muerto en las Fosas Ardeatinas; 17/4/1998.

Primera parte

ROMA